

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor, Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 225

25 cts.



**EL ORGULLO
DE LA ESTIRPE**

POR
Mary Alden,
Virginia Valli,
Eugène O'Brien,
etc.

Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 225

El orgullo de la estirpe

Comedia sentimental, de vigoroso asunto,
interpretada por los célebres artistas
Mary Alden, Virginia Valli y Eugène O'Brien.

Producción UNIVERSAL (Joya)

Exclusiva de

Hispano-American Films, S. A.

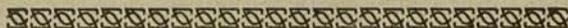
Valencia, 233. - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

MARY BRIAN

FOR
Mary Alden
Virginia Valli
Eugène O'Brien
etc.

EL ORGULLO
DE LA ESTIRPE



EL ORGULLO DE LA ESTIRPE

Argumento de la película

La mansión señorial de los Ruyland es conocida en toda la comarca por el nombre de "La Roca", pues se mantiene majestuosa e inmutable, a través de los siglos, como el apellido de sus moradores, cuya gigantesca Fundación de Hierro devora, cual monstruo insaciable, las energías de miles de seres humanos dedicados a crear, para otros, el poder y la riqueza.

La Presidenta del Consejo de Administración de la Compañía, integrada por todos los miembros de la familia, es Augusta Ruyland, una dama diminuta, de alguna edad ya, la que con su clara inteligencia y gran sentido práctico, viene dominando, desde hace cuarenta años, esta Ciudad industrial.

Augusta Ruyland dirige su casa y a sus numerosos deudos lo mismo que dirige el negocio; con rigidez inflexible. Así, las reuniones, casi diarias, que celebra el Consejo, tienen un carácter ceremonioso, como si se tratase de personas

Prohibida la reproducción

Revisado
por la censura gubernativa.

unidas sólo por vínculos financieros, y en ellas Augusta Ruyland propone y los demás asienten.

Y en uno de tan solemnes actos les encontramos al dar comienzo esta narración. Las deliberaciones, mejor dicho, la exposición de hechos relacionados con la marcha del negocio a que se halla entregada la Presidenta, es interrumpida por la llegada de un telegrama en el que Carlos Ruyland, sobrino de Augusta, como casi todos los allí congregados, disculpa su ausencia diciendo que le retiene en Nueva York un asunto importante, y que hasta la próxima semana no estará de regreso.

Augusta aprovecha esta circunstancia para decir a sus deudos:

—Como todos sabéis, Carlos será mi sucesor. Pienso ponerle muy pronto al frente de la Factoría número tres. ¿Tenéis algo que objetar? — añade.

Uno de sus parientes, Daniel Ruyland, va a hablar, pero Augusta le sale al paso.

—Tus observaciones no tienen ningún valor. Daniel. Son puramente sentimentales.

Así trata Augusta sus asuntos y a su familia.

Otro de sus consocios y también sobrino, es Edmundo Ruyland, uno de los principales accionistas de la empresa, hombre de inteligencia clara y corazón excelente, que lleva con mucha resignación su mudez, consecuencia de una afección a la garganta que sufrió en su infancia. Por eso oye, aunque no puede hablar, valiéndose para expresar sus deseos y opiniones, cuando le es dable exteriorizarlos, de breves notas que escribe en las hojas de un block...

Y sigue Augusta el relato de sus propósitos...

—He decidido y arreglado el casamiento de Carlos con mi sobrina Elisa, aquí presente, pues no quiero que en nuestra familia entren extraños.

—¿Tiene Carlos conocimiento de ello? — se aventura a preguntar Edmundo Ruyland, valiéndose del procedimiento antes indicado.

—Lo sabrá cuando yo se lo diga — le contesta Augusta.

**

El asunto importante que retenía a Carlos Ruyland en Nueva York, era, por lo menos, de lo más personal que existe. ¡Cómo que se trataba de unirse para siempre con la elegida de su corazón, Adelaida Gage, cuya simpatía era superior a su belleza, con ser ésta mucha!

La boda ha tenido lugar el día antes, sin otras consultas previas que a la madre de Adelaida, y los recién casados se disponen a trasladarse a "La Roca" para simultanear allí, si les dejan, su felicidad, con los negocios.

Adelaida da la última mano a su tocado, muy en armonía con las costumbres femeninas actuales, tanto que Carlos ha de advertirle:

—No abuses del carmín, pues temo que mi tía no pueda verte... ni pintada.

—Toma y calla, goloso — le contesta Adelaida poniéndole un caramelo en la boca.

Al ir a marcharse, la madre de Adelaida, que está en el secreto de cómo piensa y cómo es la tía de Carlos, le dice:

—Confío en que su tía se hará cargo de que mi hija pertenece a una generación nueva.

*
**

Allá, en Ruyland, la tía Augusta ultima los preparativos para la boda de sus sobrinos Car-



—Toma y calla, goloso.

los y Elisa, a los que ha decidido instalar, dispensándoles con ello un gran honor, en la casa en que ella nació (al cuidado hoy de dos viejos servidores), y en la que pasó sus cortos, pero

venturosos días de casada, casa que no ha servido más, durante medio siglo, que para acumular todo el polvo que ha querido caer sobre ella.

Y al vetusto caserón se dirige, acompañada de Elisa, para disponerlo todo convenientemente.

Enterada la anciana criada del objeto de la visita, tiene palabras de halago para su señora:

—La señorita Elisa hará una novia muy linda, pero como usted no ha habido ni habrá otra — le dice.

Augusta Ruyland, enemiga de adulaciones, habla con Elisa:

—Hija mía; ésta será tu futura casa. El tiempo no ha cambiado nada en ella. Yo soy la única que está cambiada.

Y observando que Elisa lleva un pequeño paquete le pregunta:

—¿Qué traes ahí?

—Es mi retrato. He querido traerle para que me parezca más verdad la felicidad que me aguarda... mientras llega.

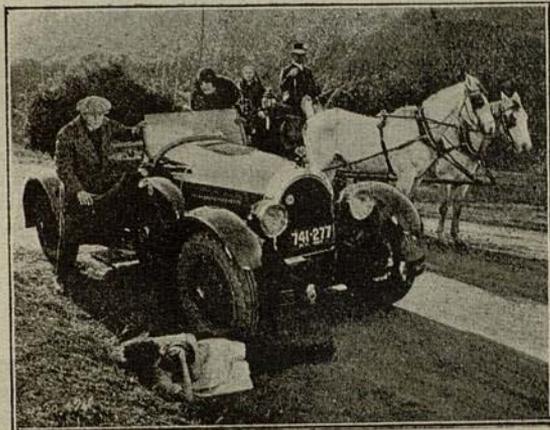
Elisa va a abrir una puerta cuyo picaporte está lleno de telarañas, como todo en la casa, pero Augusta la contiene diciéndole:

—Es el cuarto de los juguetes de mi hijo. Esta puerta no se abre desde que él murió.

Cuando Augusta Ruyland y su sobrina se disponen a abandonar la vetusta mansión les aguarda en la calle, junto al coche, Eloy Cole, un pariente lejano, que anda siempre a caza de noticias, a las que la altanera dama es muy aficionada.

Esta, al verle, comprende que tiene que comunicarla algo de interés y a fin de que Elisa no se entere, se vuelve a ella y le dice:

—Elisa, he pensado que te quedas. Quiero que cuides de que todos los muebles vuelvan a



...arrolla a una pobre niña y la deja exánime al borde del camino.

colocarse en el mismo sitio que estaban.

Una vez sola Augusta, Eloy le habla así:

—He visto a su sobrino Carlos en Nueva York. Iba acompañado de una mujer.

—¿Qué tipo tenía ella?

—¡Muy guapa y muy llamativa! Lo mejor será que le haga usted regresar en seguida.

Y el coche parte con Augusta, en dirección a "La Roca", pero cuando apenas han andado la mitad del camino, el sonar estridente de la bocina de un automóvil, que pide paso, le hace volver la cabeza. Con su vista de lince reconoce al punto a los ocupantes del auto: es Carlos, su sobrino, acompañado de una joven.

—Lleva el coche por el centro del camino, Fidel, y marcha despacio, muy despacio — dice al cochero.

Carlos, a su vez, tampoco tarda en reconocer el coche y a quien va en él.

—¡Cielos! ¡Es mi tía Augusta! — dice a Adelaida, que guía el auto—. ¡Pásala volando para que no nos vea con el polvo!

El auto, en efecto, salva el obstáculo, pero en su precipitación, y cuando sólo se ha adelantado al coche un par de cientos de metros, arrolla a una pobre niña, que juega alocada, y la deja exánime al borde del camino. Este incidente les obliga a parar para recoger el inanimado cuerpo de la criatura y conducirlo al puesto de socorro más próximo.

Entonces Augusta ordena a Fidel:

—Ahora corre. Vamos detrás de ellos.

Carlos y Adelaida han llegado con la niña a una Clínica situada no lejos de aquellos lugares, y mientras Carlos entra con ella en sus brazos para que le presten asistencia, Adelaida se dispone a ir con el automóvil en busca del médico particular del que ya es su esposo; pero Augusta ha llegado también a la puerta de la Clínica, cuya salida obstruye con su carruaje.

—¡Déjeme pasar! — le dice—. Carlos me ha dicho que vaya en busca de su médico.

Mas la anciana, lejos de hacer caso, requiere el auxilio de un policía, que le presta obediencia ciega, como todo el mundo por aquellos contornos, y le dice:

—¡Jaime, detén a esa mujer!

Y Adelaida es detenida y conducida con su auto a presencia del Juez de Paz, ante quien también comparece Augusta Ruyland a fin de mantener su denuncia por exceso de velocidad.

En tanto, una de las enfermeras de la Clínica, que ha presenciado la detención, da cuenta de ésta a Carlos...

Pero volvamos al Juzgado. La denuncia se va a substanciar rápidamente, como conviene a los fueros de la justicia.

—Se le acusa a usted — dice el juez a la detenida — de llevar su auto a una velocidad excesiva. ¿Es cierto o no?

—No, señor, no es cierto — responde Adelaida.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se llama? — le pregunta el funcionario.

—Soy la esposa de Carlos Ruyland.

Augusta Ruyland, asombrada ante esta manifestación, mira a la joven, escudriña y por fin descubre en el dedo anular de su mano izquierda el anillo de Carlos.

¡No hay duda, aquella es la mujer de su sobrino! Ante esta consideración, el orgullo de la estirpe de los Ruyland se sobrepone a todo y exclama:

—¡Retiro mi denuncia! ¡Los Ruyland no faltan nunca a la ley!

En esto entra Carlos, quien creyendo que la razón de estar allí Adelaida es el atropello que acaba de cometer, se apresura a decir:

—La niña atropellada no tiene nada, afortunadamente.

Augusta, resignada, al parecer, ante los hechos consumados, se dirige a sus sobrinos.

—Les espero a ustedes a comer mañana a la noche. Tengo el deber de presentarla a la familia Ruyland.

Y se aleja.

Adelaida, desconocedora del carácter de Augusta, pregunta gozosa a su marido:

—¿Este convite quiere decir que me aceptan desde luego?

—¡No, hijita! ¡Al contrario! ¡Quiere decir que quedan rotas las hostilidades!

**

Llega la noche siguiente y la hora de la comida, a la que Augusta Ruyland da comienzo, aún no habiendo llegado los invitados, con la misma puntualidad que al trabajo en sus fábricas.

Apenas han tomado todos los miembros de la familia asiento en torno de la mesa, llegan Adelaida y Carlos y ocupan los sitios que les estaban reservados, y apenas, también, se hallan reunidos todos, Augusta hace uso de la palabra, como en los Consejos de Administración y dice:

—El objeto de esta cena familiar es pre-

sentaros a la señorita Adelaida Gage, que ya es la esposa de Carlos Ruyland.

Después de los ceremoniosos saludos de rúbrica, prosigue Augusta:

—He decidido que Carlos y su esposa vayan a vivir a la casa en que yo viví de casada.

Se nos olvidaba advertir que una sola Ruyland no está presente en esta cena solemne: Elisa, que se halla precisamente preparando el hogar que se le dijo era para ella, y que ahora ha de ocupar quien, inconscientemente, le ha usurpado el puesto.

Al lado derecho de Adelaida tiene su puesto en la mesa Edmundo, el mudo, quien, como es natural, no le ha dirigido ni una sola palabra, lo cual es interpretado por la joven, que cree ver en todos un gesto adverso, como signo de desagrado, por lo que se aventura a preguntarle.

—¿Tanto le desagrado que no quiere ni dirigirme la palabra?

Edmundo requiere su estilográfica y su block de notas y escribe:

“Mi silencio no significa desaprobación. Lo que pasa es que desde que era muy pequeño no hablo una sola palabra”.

Momentos después, la fatalidad hace que se escurra de los hombros de Adelaida el transparente tul con que mal cubre las ebúrneas formas que deja al descubierto el amplio escote de su vestido. La joven no da importancia al incidente, ni repara en el efecto deplorable que su “toilette” produce en todos los presentes, excepción hecha de su vecino Ed-

mundo, quien, no obstante, como buen conocedor que es de la manera de pensar de todos sus deudos, se apresta a cubrir de nuevo con el tul lo que el tul, por lo visto no quiere cubrir.



—Casi se me había olvidado que tenía que hacerle un pequeño regalo de boda. Este le será muy útil.

—¡Oh, no importa! — le dice Adelaida —
¡Precisamente aquí hace mucho calor!

La frase no pasa desapercibida para Augusta, que aprovecha la terminación de la cena para recogerla y contestarla adecuadamente, según su criterio.

—Puesto que la temperatura en este salón está reñida con la decencia — dice —, tomaremos el café en otro más fresco.

Y acto seguido sale del comedor seguida por todos menos por Carlos y Adelaida.

—¡Carlos, tu tía es una vieja rancia insoportable! ¡Qué antipática y qué odiosa!

Mas aun no ha acabado la frase, cuando Augusta vuelve y acercándose a ella con mal disimulada amabilidad le dice:

—Casi me había olvidado de que tenía que hacerle un pequeño regalo de boda. Este le será muy útil.

Y al decir esto sujeta en torno de su cuello el tul y le prende, para que no vuelva a caerse, con un imperdible de brillantes, hecho lo cual se va de nuevo.

—¡No dirás que no ha estado fina y discreta para decirte que te tapes el escote! — dice Carlos a su mujer.

**

Cumpliendo las órdenes de su tía Augusta, Carlos lleva a Adelaida a la casa que ha de ser su hogar.

—Este era el estudio de mi tía — le dice — Pero tú puedes usarle como cuarto de tocador.

Mientras Carlos deshace las maletas, Adelaida se dedica a explorar...

Andando de una habitación en otra llega ante la famosa que guarda los juguetes del difunto hijo de la tía.

La contemplación de tanto polvo y tanta telaraña le sugiere un solo comentario:

—¡Cuánta porquería!

Hurgando entre tanto cachivache allí almacenado, un gran muñeco de porcelana, que ha permanecido en equilibrio por espacio de veinticinco años, le pierde, cae y se rompe, produciendo un ruido seco y desagradable, que hace a Adelaida lanzar un grito y salir de allí, corriendo asustada, en busca de Carlos.

—¡Carlos, por Dios, sácame de esta casa tan horrible!...

Pero pocos días después el carácter acomodaticio de Adelaida le ha hecho sobreponerse a todas las tristezas de aquel hogar. Verdad es que Carlos pone de su parte cuanto le es posible para hacerle la vida más amena.

Una mañana, cuando está sirviendo el desayuno a su mujer, que él mismo le ha llevado al gabinete, recibiendo en pago a su cariñosa solicitud un apasionado beso, entra el criado con una enorme caja conteniendo un hermoso ramo de flores, presente que todos los días, a la misma hora, recibe Adelaida desde el día siguiente al de su instalación en el viejo palacio y que, con la mayor buena fe, viene aceptando y colocando en un gran jarrón con agua.

A Carlos la llegada de las flores en momento tan crítico no le hace mucha gracia.

—Este obsequio tan misterioso empieza a molestarme un tanto. ¡Todas las mañanas un ramo de flores!... ¿Quién te las envía?

—Me pasa lo que a ti... No tengo la menor idea — le contesta Adelaida—. Pero creo que

cuando no tiene, sea quien sea, inconveniente en que lo veas tú, no habrá en ello mucho misterio.



Augusta Ruyland, no obstante el desagradable casamiento de Carlos, ha puesto a éste al frente de la Factoría número tres, como tenía pensado, y en la que desempeña un importante cargo, a su vez, Edmundo Ruyland.

Veamos qué hace éste.

A solas en el despacho y sentado ante su mesa de escribir, saca del bolsillo interior de su americana un trozo de periódico en el que se ve un gran retrato de Adelaida publicado con motivo de la organización, por ésta, de una función benéfica, le contempla unos momentos ensimismado y le vuelve a guardar, precipitadamente, al sentir los pasos de Carlos, que acude a la oficina.

En otra de las habitaciones de la fábrica se halla Augusta, a la que su confidente, Eloy Cole, sigue suministrando noticias.

Eloy muestra a Augusta una etiqueta de la tienda de donde son las flores que recibe Adelaida y le dice:

—Todas las mañanas recibe un ramo de flores de la misma casa.

Augusta no quiere oír más. Llama al timbre, comparece un "botones" y le ordena que diga al señorito Carlos Ruyland que se presente a ella inmediatamente.

Carlos lo hace así, hallando sola a su tía,

pues Cole no tiene interés en dejarse ver y se ha marchado.

—Carlos — le dice su tía—. Tu esposa es una mujer demasiado despreocupada. Está faltando a todas las tradiciones tan respetadas por los Ruyland.

—¿Pero qué quiere usted decir con eso, tía Augusta? — pregunta el asombrado sobrino.

Augusta por toda respuesta, le muestra el periódico con el retrato de Adelaida.

—Esta publicidad en los periódicos no quiere decir nada. Todas las señoras jóvenes de la alta sociedad figuran a diario en primera plana — dice Carlos.

—¡Pues la esposa de un Ruyland no debe figurar, ni debe aceptar, diariamente, flores de sus admiradores!

—¡Flores! ¿Quién le ha dicho que Adelaida recibe flores?

—Esta etiqueta.

—¡Si ni ella misma sabe quién se las manda!

—¡Tú serás tan tonto que lo creas! ¡Yo, no!

—Es usted injusta con Adelaida, y es que no la comprende. Véngase a cenar con nosotros esta noche, tía Augusta. Así la irá conociendo mejor y acabará por quererla como se merece.

Carlos acompaña sus palabras de un abrazo cariñoso.

—¡Déjame en paz con tus zalamerías! — le dice Augusta, y añade—: Di a *tu* Adelaida que yo como a las seis en punto.

**

A la cena en casa de Carlos Ruyland, que debía de ser algo así como el preliminar de un armisticio entre Adelaida y tía Augusta, había sido convidado también Edmundo, el mudo, quien llega bastante antes que la jefe de la familia y de la casa.

—¿No te parece que Adelaida ha transformado maravillosamente esta casa, tan triste? — le pregunta Carlos.

Edmundo, valiéndose de su único medio de expresión, la escritura, le responde:

“Sí, pero veremos lo que dice tía Augusta”.

Y apenas llega tía Augusta, la vieja criada se apresura a comunicarle los cambios efectuados.

—¡Lo ha puesto todo patas arriba!... ¡Hasta el dormitorio de usted! — le dice.

Augusta no puede disimular su asombro ni contener su indignación ante lo que para ella es el colmo de la osadía.

—¡De todos sus atrevimientos para con las tradiciones de los Ruyland — dice a Adelaida — lo que ha hecho usted en esta casa es el peor!

—Yo creí que en mi casa podía tener las cosas a mi gusto — le contesta Adelaida.

—¿Su casa? ¡Esta casa es de los Ruyland, y me pertenece!

—¿Eso quiere decir que Carlos y yo no tenemos casa propia?

—¡No! ¡Y esta tampoco la ha de disfrutar usted por mucho tiempo!

Y sin atender a más razones se dispone a salir de allí, visto lo cual por Carlos, corre tras ella con ánimo de impedirlo.

Pero empeño vano; sus ruegos obtienen una respuesta conminatoria:



Adelaida, absorta ante lo que acaba de ocurrir, interroga con los ojos a Edmundo.

—¡Si no te separas de esa mujer, os echaré a los dos de Ruyland!

Adelaida, absorta ante lo que acaba de ocurrir, interroga con los ojos a Edmundo.

“Es terrible con su apego a la tradición. Yo desearía poder hacer algo por usted” — le dice éste por escrito.

—Me parece que la cena nos ha hecho daño antes de probarla, Edmundo.

El mudo se dispone a escribir su opinión:

“A mí también me hizo desgraciado para toda mi vida. Hace años conocí a una mujer y para mí no había otra como ella hasta que...”

Al llegar aquí, la presencia de Carlos le hace suspender la escritura, e irse.

—No has debido tocar a nada sin tener en cuenta los caprichos de tía Augusta — dice Carlos a su mujer.

—¡Pero, Carlos, si yo no sabía nada! ¿Por qué no me dijiste que la casa no era nuestra? Lo único que yo he querido ha sido hacerla atractiva para ti.

Hay unos instantes de silencio durante los cuales Adelaida se aproxima inconscientemente al florero en que están las rosas recibidas aquella mañana.

—¡Parece que tienes mucho cariño a esas flores! — dice Carlos con tono desabrido—. ¿Quién te las manda? ¡Ya estoy cansado de esa fingida ignorancia!

—¡Ya te he dicho y te repito que no lo sé!

—Pero, ¿me supones tan tonto que pueda creérmelo? ¡Por última vez! ¡Dime quién te las manda!

Adelaida nada contesta; calla y llora, y Carlos, fuera de sí, abandona la estancia sin prodigar a su mujer el menor consuelo.

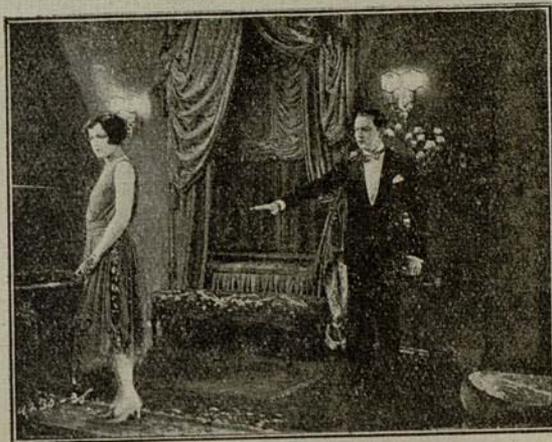
Y cuando más tarde vuelve a ella la halla sola. Adelaida no está; sobre su pupitre le ha dejado una carta; ésta:

“Desconfías de mí y, además, voy a ser un obstáculo en tu vida.

Lo mejor es que me vaya. Adiós. Adelaida.”

**

Tía Augusta, en vista de lo ocurrido la no-



—¡Por última vez! ¡Dime quién te las manda!

che anterior, ordena la reunión del Consejo, que unas veces es de Familia y otras de Administración de la Compañía Ruyland.

A Carlos le indigna, le hiere, que se traten así sus asuntos íntimos.

—Yo no puedo permitir — dice a su tía

Augusta antes del Consejo — que se traten así cuestiones privadas.

Pero Augusta no se aviene a razones ni reconoce más criterio que el suyo.

—Todos son Ruyland y tienen derecho a tu confianza y el deber de contribuir a tu felicidad, Carlos.

Y el Consejo se reúne sin más apelación y una vez abierta la sesión con la solemnidad habitual, Augusta expone el objeto de la convocatoria.

—Tengo el gusto de comunicaros que la esposa de Carlos ha tenido el buen acuerdo de marcharse voluntariamente...

Y tras una breve pausa prosigue:

—Carlos es tan cándido que continuaba teniendo confianza en ella, a pesar de las flores que recibía todos los días de un admirador de Nueva York.

Al llegar a este punto, Edmundo, que lo ha oído todo, como siempre, pero que no puede contestar con la rapidez que desearía, hace señas de que tiene que hablar, mejor dicho, que escribir. Y, en efecto, traza sobre una de las hojas de su block las siguientes palabras, cuya lectura causa asombro general.

“El que manda las flores, soy yo.”

Augusta le contempla unos instantes absorta y no sabe qué contestar, hasta que al fin acude a sus labios la siguiente amarga ironía:

—¡Edmundo manda las flores! ¡El eterno Don Juan!

Carlos, a su vez, al oír esto, que desvanece, que disipa, las sombras que su tía Augusta

echó, claro que de la mejor buena fe, sobre su alma, se dispone a abandonar el salón precipitadamente.

—¿Adónde vas? — le pregunta Augusta.

—A buscar a Adelaida para que vuelva a mi lado si es que quiere volver.

—¡Pero a mi casa, no! — dice la orgullosa anciana.

—En el mundo hay otras casas y otras ciudades donde vivir.

Ya en la puerta Carlos, le detiene Edmundo y le dice por escrito:

“Di a Adelaida que mientras viva no lo volveré a hacer”.

Antes de darse por disuelta la fracasada reunión, Augusta hace saber a sus familiares que al día siguiente, a las once, se reunirá, como de costumbre, la Junta de Accionistas.

Edmundo, abatido por los acontecimientos, se retira a su despacho decidido a adoptar una resolución heroica.

Tras unos momentos de indecisión, dedicados, sin duda, a meditar sobre lo que piensa hacer y sobre su alcance, abre su caja y saca de ella un voluminoso fajo de acciones de la Compañía Ruyland, que contempla, asimismo, por espacio de unos cuantos minutos más.

Después se sienta ante su mesa de escribir y saca de uno de sus cajones el recorte de periódico con el retrato de Adelaida, recorte que guarda ahora una rosa marchita, recuerdo, seguramente, de la esposa de Carlos y que ésta

le diera, tal vez, como una deferencia, una fina atención, muy propia de quienes mantenían relación diaria y todo lo cordial que es propia de los lazos que les unían.

Una vez que ha contemplado el retrato y que ha posado sus labios sobre la marchita flor, arroja ambas cosas al fuego.

Hecho esto se pone a escribir una carta, cuyo contenido debe ser de mucha trascendencia por cuanto va meditando palabra por palabra.

Una vez terminada la escritura, coloca la misma junto con las acciones dentro de una caja llena de flores, como la que a diario venía enviando a Adelaida, y llama a su criado, a quien da, por escrito, como siempre, la siguiente orden:

“Diga al chofer que lleve esto a la señora Adelaida Ruyland, a casa de su madre, Avenida del Parque, 1227, en Nueva York.”

Y una vez que ha salido el criado, cierra la puerta por dentro y a poco se oye un tiro.

¡Edmundo Ruyland ha puesto fin a aquella vida de esclavitud dorada, pero esclavitud al fin!

El criado acude presuroso al oír la detonación; pretende entrar, inútilmente, y se imagina la tragedia...

*
**

En tanto Adelaida recibe la agradable visita de Carlos. Pocas palabras son necesarias para llegar a la reconciliación. Cuando el amor es grande y es sincero, como el que les unió

a ellos, las divergencias no pueden ser muy hondas ni muy duraderas.

— ¡Carlos! Tú me quieres... ¿no es verdad? — pregunta la joven a su esposo colgándose a su cuello.

— ¡Más que a todo en el mundo! — le responde éste.

El tierno idilio que une aquellos dos corazones, rebosantes de alegría y de felicidad, es interrumpido por unos débiles golpes dados en la puerta.

Franqueada la entrada, se presenta la doncella conduciendo la voluminosa caja de flores, que tan bien conocen Adelaida y Carlos, quienes se quedan sorprendidos al verla.

— ¡No puede ser de Edmundo! ¡Ha prometido no hacerlo más mientras viva! — dice Carlos al cabo de unos minutos de indecisión.

Las mismas vacilaciones experimentan ambos antes de tocar el paquete, que la doncella ha dejado sobre la mesa.

Por fin Adelaida se decide, rompe el precinto, abre la caja y aparecen en su interior unas lindas flores, tan lindas como las de todos los días. Al ir a sacarlas Adelaida de la caja, sus manos tropiezan con un envoltorio. Abierto éste quedan al descubierto las acciones de la Compañía Ruyland, y una carta, dirigida a ella. Adelaida y Carlos la leen; es de Edmundo y dice así:

“Quiero que unas las adjuntas acciones, de que te hago donación, a las de Carlos, con todas las cuales pasaréis a ser los primeros accionistas, y con ello y con el cariño que os

tenéis tal vez soáis felices; pero desde luego seréis independientes”.

Adelaida, con ese instinto especial de que están dotadas todas las mujeres, adivina el significado de aquel envío, lo que representa y la tragedia que supone.

—¡No sé porqué presiento que estas flores serán las últimas que me mande Edmundo! — dice a su marido.

Carlos nada contesta; su alma pasa por unos instantes de terrible angustia.

*
**

Al día siguiente se reúnen los accionistas, como estaba convenido, pero ignorando la triste noticia del suicidio de Edmundo, que se reserva tía Augusta.

Una vez abierta la sesión y creyendo la Presidenta que antes que nada debe dar cuenta a sus deudos de lo que ocurre, quiere hablar, pero la voz se ahoga en su garganta.

—Habéis de saber que Edmundo... que Edmundo...

Pero no puede continuar.

—¡Edmundo... ha muerto!... — logra decir al fin.

Esta dolorosa revelación, tan inesperada, causa general asombro, que se traduce bien pronto en piadosa letanía de elogios para el desaparecido, cuya colaboración les era tan valiosa y tan necesaria.

Una vez serenados los espíritus y hechos, por todos y cada uno, los comentarios propios

del caso, Augusta toma de nuevo la palabra.

—Como Edmundo — dice — era uno de los mayores accionistas, no podemos hacer nada hasta que se abra su testamento.

Y en el preciso momento en que se disponen a dar por terminada la junta y a aban-



Adelaida, sin responder nada, humildemente, respetuosamente, se acerca a ella y le entrega la carta de Edmundo y las acciones.

donar sus puestos, se abre la puerta del despacho para dar paso a Carlos y a Adelaida, que llegan precipitadamente.

Augusta, al ver a la esposa de su sobrino, se olvida de todos sus dolores y de todas sus tribulaciones.

—¿Qué viene usted a hacer aquí? — le pregunta con tono desabrido.

Adelaida, sin responder nada, humildemente, respetuosamente, se acerca a ella y le entrega la carta de Edmundo y las acciones.

Augusta lee la carta ávidamente, dibujándose en su fisonomía el efecto que va causando en su espíritu cada una de sus palabras.

Una vez que ha terminado la lectura se vuelve, altanera, a los allí reunidos, y les dice:

—¡Ruylands, aquí tenéis a vuestra nueva presidenta, mi sucesora!

La manifestación de la anciana causa general asombro. Todos se miran los unos a los otros sin atreverse a romper el silencio sepulcral que reina en la estancia unos instantes, hasta que, al fin, Adelaida se acerca cariñosamente a su tía y le dice:

—¡No! ¡No me ha comprendido usted! Sólo he venido a hacerle entrega de estas acciones.

—¡Cómo! ¿Acepta yo una caridad tuya? ¡Antes la muerte!

Y arrojando lejos de sí aquellos papeles, sale precipitadamente del despacho, sin que nadie pueda ni trate de impedirlo, pues la confusión y la sorpresa les tiene a todos como paralizados.

Augusta baja las escaleras de dos en dos, con una agilidad impropia de sus años, apartando nerviosamente cuantos obstáculos tratan de oponerse a su paso, y saliendo a la calle se encarama de un salto al pescante del coche que esperaba a la puerta, fustiga a los nobles caballos blancos y estos emprenden vertiginosa

carrera a través de las calles de la población.

La fuga de la anciana, que no otra cosa es su precipitada marcha en tales condiciones, es vista por Adelaida y por Carlos desde uno de los balcones del despacho, y salen tras ella para impedir que consuma los siniestros propósitos que indudablemente le animan.

En los pocos minutos que tardan Carlos y su esposa en llegar a la calle y en poner en marcha su automóvil, Augusta ha salido ya de Ruyland y corre, sin rumbo, seguida de los pacíficos habitantes de su feudo, que ven en peligro su vida, pues los caballos, hostigados constantemente por el látigo que agita el implacable brazo de la anciana, se han desbocado y conducen a ésta a una muerte segura.

Los instantes son de una angustia terrible. El coche corre veloz, arrastrado por los enloquecidos animales, y la anciana en pie, demudada, grita, grita sin cesar, en el paroxismo de la enajenación...

Carlos y Adelaida, que ya le han dado alcance, le piden a su vez que pare, que les escuche, que les atienda, pero todo es inútil. Augusta huye de ellos y quiere huir del mundo.

Comprendiendo los jóvenes que sólo un esfuerzo supremo puede evitar la tragedia, es Adelaida quien, instintivamente, se encarga de realizarlo.

Para ello se adelanta con su auto al coche, echa pie a tierra y aguarda la embestida de los caballos para contener su marcha o sucumbir en el intento.

Cuando el coche va a pasar junto a ella

como una exhalación, da un salto y se abraza al cuello de uno de los caballos, consiguiendo dominarle y hacerle parar...



—Para hacer lo que usted ha hecho, hace falta valor. ¡Hay que ser valiente, como los Ruyland, hija mía!

¡El éxito ha coronado su heroísmo!

Carlos, a su vez, se precipita en auxilio de su tía, cuyos nervios, sometidos a tan ruda prueba, le han abandonado por completo obli-

gándola a caer pesadamente al fondo del coche.

Pero con esa voluntad férrea que es su característica no tarda en reaccionar y recuperar el pleno dominio de sí misma.

Adelaida en tanto aguarda en silencio, sujetando por la brida a los caballos.

Augusta se acerca pausadamente a ella y tendiéndole una mano le dice:

—Para hacer lo que usted ha hecho hace falta valor... ¡Hay que ser valiente, como los Ruyland, hija mía!

Y un abrazo une aquellos dos cuerpos y funde aquellas dos voluntades tan antagónicas.

Cuando la emoción le permite hablar, Augusta añade:

—Reconozco que me he equivocado; que he sido ingrata e injusta para contigo. Víctima de mis prejuicios, he pretendido que el tiempo anduviese hacia atrás en lugar de hacia adelante, que es lo natural.

—Yo también he estado equivocada respecto a usted — le responde Adelaida—, pero sus ideas y las mías no volverán a chocar, porque ambas coincidirán, desde ahora, ya que no en otra cosa, en una tolerancia mutua y en un cariño verdadero.

FIN

COLECCION USTED
LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie.-El triunfo de la mujer.
El prisionero de Zenda.-El joven Medardus.-Los enemigos de la mujer.-Una mujer de París.- El Corsario.-Para toda la vida.-Cyrano de Bergerac.-De mujer a mujer.-La Hermana Blanca.-El milagro de los lobos.-¡¡París...!!-Venganza de mujer.

Precio de cada libro:
UNA PESETA

Teresa de Ubervilles.-Maciste, Emperador.-Lirio entre espinas.-El que recibe el bofetón. - Rómula. - Janice Meredith. - El Fantasma de la Opera.-El trono vacante. El Caid. - Madame Sans-Gêne. - América. Cuando las mujeres aman.-El Capitán Blood.-Más fuertes que su amor.-Ella... Demasiadas mujeres. - Nobleza baturra. Cenizas de Odio.-El Rajá de Dharmagar. El difunto Matías Pascal. - La marca de fuego. - Los Hijos de Nadie.

Precio: 50 céntimos

Esta semana: ¡Acontecimiento!

PESCADOR DE ISLANDIA
por Sandra Milowanoff

Bicolor, 64 páginas

50 céntimos